Petronacionalismo

MARIANO MARZO

LA VANGUARDIA, 1.03.09

Una tira gráfica de The Economist sintetiza acertadamente la situación que atraviesan los líderes populistas de algunos petroestados. En ella se ve cómo Hugo Chávez, inicialmente exultante y cómodamente afianzado sobre el pedestal de los beneficios del barril de petróleo, empieza a tambalearse y perder el equilibrio a medida que el tamaño del mencionado pedestal va menguando. Sin duda la caricatura puede hacerse extensiva a los líderes de otros países (Rusia, Bolivia, Ecuador, etcétera) que, en los últimos años, favorecidos por la escalada de la demanda y escudados en un petronacionalismo maximalista, han sabido llevar el agua de los altos precios al molino de sus intereses políticos.

Pero la crisis económica global ha cambiado sustancialmente el panorama, de modo que en esta nueva coyuntura cabe preguntarse por el valor mínimo del barril que los petroestados pueden soportar sin poner en riesgo su estabilidad interna. La respuesta, obviamente, varía de un caso a otro, pero un reciente informe sobre Arabia Saudí, elaborado por el Centro de Estudios Energéticos Globales de Londres, concluye que para dicho reino tal precio se situaría en torno a los 62 dólares por barril. Algo menos de los 75 dólares mencionados por el rey Abdulah en la reunión de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo, celebrada el pasado mes noviembre en El Cairo. Podemos, pues, sospechar que la mayoría de los países productores suspiran por un precio mínimo del barril de crudo situado en una franja que va de los 60 a los 75 dólares.

En estos momentos de recesión económica y de caída generalizada del consumo, con unos precios del crudo situados en el entorno de los 40-45 dólares, conseguir impulsar el barril hasta la mencionada franja se antoja una tarea harto complicada. Incluso en el caso de que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) acordara nuevos recortes de producción y lograra el apoyo de otros grandes exportadores ajenos al cartel, como Rusia.

Probablemente, más allá del eventual deterioro político progresivo que puedan llegar a sufrir algunos destacados líderes populistas, una de las consecuencias de la nueva situación será el debilitamiento del petronacionalismo y el afloramiento de nuevas oportunidades de negocio para las grandes compañías internacionales que operan en el sector de la exploración y producción de hidrocarburos.

Pero, sobre todo, la nueva situación debería constituir una oportunidad propicia para relanzar el dialogo entre países productores y consumidores, así como entre las compañías internacionales de capital privado y las estatales. No debemos acostumbrarnos a los actuales precios del petróleo. Más pronto que tarde rebotaran. Y aún en el caso de que, tal como nos hemos propuesto, los consumidores fuéramos finalmente capaces de reducir nuestra dependencia de los hidrocarburos, en el futuro estos seguirán representando una parte importantísima de nuestro mix energético.